

I



El Sol fue la primera estrella que pude haber conocido, pero mi padre se interpuso para hacer cara de mono. Hablaba como disco rayado. Repetía y repetía los mismos gestos, para ver si lograba sacarme una sonrisa. Mi mamá pudo convencerlo de que se hiciera a un lado y dejara que la luz entrara en mi recámara. Después de todo, empezaba a ocupar mi lugar en el espacio y el tiempo.

Conforme fui creciendo, mis padres me advirtieron del poder de los rayos solares: eran tan poderosos que nadie podía enfrentarlos, según mi padre. Mi madre le objetaba que tal vez un buen bloqueador solar lo haría, y me soltaba todo un sermón de las consecuencias de exponer mi indefenso cuerpo a su calor por un largo rato. En otras palabras, podría terminar achicharrándome. En lo que ambos estaban de acuerdo era en que no podía mirar el Sol con los ojos pelones, excepto si se encontraba en el horizonte, a punto de meterse.

La segunda estrella a la que pude haber conocido, pero el cielo lo reclamó antes, fue Octavio Paz. Mi madre

me narra que llamaba a casa con cierta frecuencia para hablar “con el *astgrofísico* Juan Diego”.

Solía preguntarle a mi madre de qué hablaban ellos, y con una sonrisa me contaba siempre la misma conversación:

—Somos humanos y duramos poco —le decía Paz a tu padre.

—Sí, la noche es enorme, apenas está salpicada de puntos luminosos —agregaba él.

—Pero, cuando miras hacia arriba, ¿descubres que las estrellas escriben?

—¡Sí!, usted sí me entiende... —se emocionaba tu padre.

—Y lo que ves, ¿lo entiendes? —continuaba Paz.

—Apenas. Aunque puedo decir que, después de siglos, estamos empezando a descifrar esa fascinante escritura.

—Yo me doy cuenta de que sé escribir —continuaba Paz—, y en este instante una estrella me deletrea.

—Nada más verdadero —respondía tu padre.

Al igual que todos los hijos de astrónomos, mi padre siempre me trató de convencer —como lo hizo con el niño interior de Paz— de que a cada uno de los organismos que ha nacido y nacerá en la Tierra le corresponde una estrella. (Yo le creí al pie de la letra y señalaba la estrella más brillante como mía, aunque cada noche fuera una distinta).

A mi madre también le fascinaba leer el firmamento, si bien de manera muy distinta. El cielo y los sueños eran su materia. De hecho, mi padre conoció a Octavio Paz gracias a las buenas artes de mi madre. El poeta le pidió que

trazara su carta astral y Paz quedó fascinado por la enigmática y deliciosa manera en que mi mamá vinculaba la literatura a la astrología. También hablaron de las cosas que nos permiten descifrar los sueños, de las distorsiones en el tiempo y el espacio, ante lo cual mi papá opinó que se trataba de una dimensión.

Así que soy hijo de una astróloga amante de la literatura y de un astrónomo amante de las matemáticas y, según mi madre, también de las mujeres. Motivo que los llevaba a discutir con frecuencia. Mi madre le reprochaba una y otra vez que en balde llevara el nombre de un santo, si era un diablo. Mi padre le alegaba que tampoco era un monstruo, pero mi mamá daba por terminada la discusión dando un portazo, mientras él decía en voz alta y confanzudamente que sólo era víctima de sus encantos.

¿Cómo es que ambos podían vivir juntos? No sé, tal vez porque realmente creían que los números y las letras pueden tener un destino compartido.

Mi corta existencia siempre ha estado marcada por pequeños hechos o eventos difíciles de olvidar. Un día ocurrieron dos acontecimientos singulares en mi vida con las estrellas: un eclipse total de Sol, que se observaría en muchas partes del planeta, y una operación de apéndice que no sólo marcaría mi cuerpo, sino que abriría la brecha más grande entre mi infancia y mi padre.

La discusión empezó al decidir si yo debería o no ser operado ese día (el día del eclipse solar, “el evento del siglo”). Mi madre lo había tomado con filosofía astral y, sin que lo demostrara, con demasiada preocupación, pues mi dolor iba en aumento mientras me decía que me tenían que operar porque me había tragado el sax de Lisa Simpson cuando era más chico. En cambio mi papá lo tomó como una contrariedad para él y el Universo, pues se suponía que juntos seríamos testigos del acontecimiento, y hasta el último instante estuvo en desacuerdo con que yo entrara al quirófano. Salió de la habitación sin decirme palabra, enfadado porque me iba a perder el evento astronómico del siglo.

Lo vi partir y un miedo atroz entró en mí. Sentí la oscuridad del tan nombrado eclipse cayéndome encima y empecé a llorar. Tuve miedo. Los médicos decían que todo saldría bien, pero me sentí aterrorizado, tanto que no supe en qué momento me oriné en la cama. Fue necesario cambiarme de bata. Momentos antes de entrar en el quirófano, mi madre me dijo con sus ojos dulces:

—Cuando naciste, el Sol estaba en Aries en la Octava Casa, así que eres de los que dan batalla, ¿cuento con ello?

—Sí —le respondí sin soltar su mano; las lágrimas caían de mis ojos. No quería dejarla.

El doc me dijo que respirara hondo en lo que me aplicaban el oxígeno y que contara hasta diez; poco a poco caí en un sueño profundo: me vi en la plancha mientras

los médicos trataban desesperadamente de encontrar el sax de Lisa Simpson que me había tragado hacía varios años. Después, todo fue oscuridad.

De pronto, me vi en lo que parecía ser un vehículo, y un espectro se dirigía hacia mí, era una bruja de piel muy blanca y una capa roja que me ofrecía una manzana verde. Cuando intenté apoderarme de ella, la manzana y la bruja —junto con el resto del mundo— se desvanecieron en un fulgor intenso, brillante. Entonces apareció Julio Verne entre la luz, quien se ofrecía a llevarme hasta mi destino en su giróptero para evitar las calles congestionadas por las ambulancias con otros pacientes que también necesitaban ser operados. Era muy extraño.

Una voz conocida me llamó y supe que estaba despertando.

No sé si fueron las palabras y conjuros de mi mamá, o la experiencia del médico, pero salí sin contratiempos. De no ser por la aparición de la bruja con la manzana verde y de Verne en su giróptero, todo habría sido perfectamente normal.

—Mira —me dijo mi mamá mostrándome su libreta—, mientras salías de la operación hice tu carta astral: para empezar, eres igualito a tu papá, un Aries pasado por el agua de Piscis...

Fruncí el ceño. Lo quería mucho, pero desde ese momento supe que no quería ser como él. Ella puso cara de traviesa, quería creer que estaba bromeando.

—Claro que no, no seas burro: tú tienes que recorrer tu camino y forjarte un destino tan singular como el de la estrella que te corresponde. Todo pasó para que tú y yo nos conociéramos.

La abracé. Era muy hermosa, con su piel apiñonada, cabello rojizo, nariz recta y grandes ojos cafés. Su presencia aminoraba la angustia de la noche. No sólo era bonita, también era lista. No podía comprender que mi papá no pudiera mirarla a ella y a nadie más.

Mi padre regresó al otro día, feliz de haber presenciado lo que llamaba “el evento del siglo”. No se cansó de describir cada fase del eclipse, su relación con el mundo, las creencias prehispánicas; para cuando terminó yo ya casi dormitaba, fue hasta ese momento que se le ocurrió preguntar cómo estaba. Sólo alcancé a responderle que bien y me dormí.

Desde entonces las noches no fueron iguales. Veía las estrellas, pero ya no eran las mismas, unas irresistibles ganas de ir al baño me acompañaban cada vez que las observaba con detenimiento.

El tiempo pasó y mi herida cicatrizó, bueno, no del todo.

Crecí con las interminables discusiones de mis padres en torno a los astrólogos y astrónomos. A mi papá le avergonzaba el esoterismo, acusaba a mi mamá de usurpar su profesión. Para él, los astrónomos eran los verdaderos astrólogos. Pero cuando vio la oportunidad de acercarse a Paz, no dudó en servirse de su esposa.

Mi mamá elevaba los ojos y seguía cocinando sus succulentos platillos mientras trataba de convencerlo con sus historias, para mí, fantásticas, sobre el círculo del espíritu que se mezclaba con el olor del clavo y la pimienta. Incluso escribió un libro sobre esos temas. Según ella, no era fácil reconocer ese círculo, pues estaba integrado por los opuestos complementarios.

Sin embargo, no entendía bien a qué se refería, aunque ella siempre trataba de explicarme con ejemplos sencillos y datos creíbles. Como quiera que fueran, fantásticas o no, me gustaban sus otras historias, las que hablaban de conchas rellenas de frijoles con huevo y estofados de pavo con ciruelas. Era una maga para combinar lo dulce con lo salado, lo picosito con lo fresco y lo cremoso. Sus chiles en nogada eran de antología, como decía el abuelo.

Creo que un día mi padre se fastidió de escuchar esas historias y prefirió contarme la versión “oficial” de los sucesos. Comenzó por aclararme el asunto de los babilonios: ellos habían trazado el primer mapa del cielo, pues sabían que la aparición cíclica y periódica de determinadas estrellas era vital para conseguir buenas cosechas.

—Acuérdate de que en esos días los astrólogos y los astrónomos eran lo mismo. En realidad, no había astrónomos...

Al ver mi cara de asombro, mi padre me siguió explicando:



—Imagina la vida cinco siglos antes de Cristo, sin medios de comunicación como los de ahora, sin luz eléctrica, con una sociedad compleja y escasa tecnología. Las estrellas eran prácticamente su único instrumento de supervivencia. El poder que a unos cuantos les dio la lectura de lo que está escrito en el cielo fue inmenso, pues a cada parte del cielo le corresponde una constelación, un signo que interpretaban como un mensaje de los dioses.

—No está mal, un lenguaje para comunicarse con los zombis en la Tierra...

—¿Zombis?

Mi padre se me quedó viendo con cara de muerto viviente. Apenas tuve tiempo de activar la pila del capitán Solo y aplicarle una descarga de unos cuantos voltios para regresarlo a la realidad. Él apenas se inmutó. Siguió hablando como si nada hubiera pasado. Cuando se trataba de astronomía, no había poder en el Universo que pudiera vencerlo.

—Algunas personas creen en las predicciones astrológicas...

—Como mamá...

—Sí, como mamá, pero otras no creen...

—Como tú.

—Debes tener en cuenta que el Sol ya se movió desde la época de los babilonios y las constelaciones han cambiado de lugar. El cielo de los que nacieron en Leo es hoy el cielo de los que nacen en Cáncer.

—Entonces, ¿yo no soy Aries?

—Eres Piscis, desde ese punto de vista —dijo mi madre.

—Algo así. También recuerda que los griegos hicieron el mapa más completo del cielo, sobre el cual se basan las cartas de los astrólogos.

—¿Y a ustedes les sirve?

—A veces.

Mi madre sólo movía la cabeza, como diciendo:

“¡Ay, el cerebral de tu padre!”. Lo suyo no era una ciencia, sino una creencia, una manera de ser perspicaz, de tener talento para imaginar el futuro.

—Los astrólogos hindúes sí han considerado este cambio de punto de referencia. Es una cuestión de fijar tu punto, ¿entiendes? —me dijo después mi madre, mientras la luz brillaba en sus ojos.

Yo no pude quedarme callado y se lo conté a mi papá. Esperé a ver qué replicaba. Él sonrió y aceptó que, de cierta manera, mi mamá quizá tenía razón.

—El chiste —concluyó— está en establecer tus coordenadas y no olvidarte de que existen.

Me quedé con la impresión de que el cielo estrellado era un mapa sin sentido.

Vivíamos en un departamento de tres recámaras. Mi mamá y Juan (Juan a secas, desde que cayó de mi gracia) estaban de acuerdo en que todos debíamos tener cierta

privacidad, pero no estaban dispuestos a invertir sus ahorros en un lugar que no fuera la azotea de un edificio, lo que algunos payasos llaman *penthouse*.

Mis papás compartían el gusto por mirar las estrellas y harían cualquier cosa con tal de estar lo más cerca del cielo; aunque no fuera más allá de lo que les permitían sus limitados ingresos como astróloga y astrónomo.

También eran conscientes de los riesgos de vivir en una gran ciudad; por eso eligieron un barrio céntrico, que no fuera pretencioso y al que nunca tuvieran que llegar en un vehículo acorazado y con una larga cola de guardaespaldas. No querían vivir en una “ratonera para nuevos ricos”, como decía mi papá.

La avenida Reforma, o cerca de ella, era la mejor opción. Según mi madre, había que ser sencillos y contundentes. Los abuelos se pusieron guapos y les completaron lo que necesitaban para comprar su depa.

Desde lo alto del edificio podía mirar las cabezas de los transeúntes que salían y entraban de las oficinas; me gustaba observar las copas de los árboles, y me hipnotizaba el flujo discontinuo de los automóviles que rodaban sobre la ancha calle con el nombre de un río español, en la que se ubica el edificio.

A veces las cosas no eran lo que parecían ser. Muchos árboles tenían flores amarillas creciendo entre sus copas y eso los hacía ver mucho más atractivos. Luego me ente-

ré de que se trataba de una plaga. Lo que miraba no era un adorno, sino un signo de muerte.

Una de las desventajas de vivir en la ciudad es la luz. “La luz de las luminarias impide ver las estrellas y los ‘grandes eventos astronómicos’”, decía mi papá con desconsuelo. Por ello llegué a adorar nuestras excursiones al campo: ahí podía correr, brincar y no tener que mirar a través de los cristales, excepto el de los telescopios de mi papá. Pero antes tuve que aprender dos reglas: el que desea observar el paso de una estrella tiene que conocer la dirección a la que apunta su telescopio, lo cual me llevó varios coscorriones, y la hora en que se debe mirar. Con estas dos simples consideraciones salíamos a observar el firmamento, aunque en realidad no era tan firme, según Juan. No siempre lo logré y el sueño me venció mientras la lluvia de estrellas caía sobre nosotros. Hubo una ocasión en la que los tres nos tiramos en colchonetas sobre el pasto, yo me quedé en medio, como en los mejores tiempos.

—Parece un lugar tranquilo como para venir de vacaciones, ¿no crees, Agus?

Así le gustaba decirme a mi papá, aunque mi nombre completo es José Agustín (pero nadie se acordaba del José, ni mis padres).

Asentí con la cabeza a su pregunta.

—Es un lugar lleno de actividad.

—Galaxias que chocan —dije enseguida.